

racterístico por la columna salomónica, sin embargo da gracia a alguna fachada del arte palatino, como la del palacio del Marqués de Dos Aguas, de Valencia; pero, sin embargo, era obra a veces amanerada y con frecuencia de mal gusto.

Pero Verner Weisbach no se detiene sólo en el análisis de la arquitectura, sino que también entra en el estudio de la escultura de nuestros grandes imagineros, como Alonso Cano, Montañés o Pedro de Mena, con sus magníficas tallas policromadas, orgullo todavía de las procesiones de Semana Santa en Sevilla, en que culmina el policromado del arte afilegranado de nuestros magníficos imagineros del Siglo de Oro; así como de los pinceles incomparables de nuestros pintores barrocos, en donde culmina el arte hispánico, como los Ribalta y Ribera, discípulo del Caravaggio; las incomparables imágenes de Murillo, tan características de la Compañía, que sólo encuentra rival al pintar el candor e inocencia virginal de Nuestra Señora; en los dulces, pero deliciosos pinceles de Carlos Dolci o Guindo Reni, y, finalmente, de nuestros pintores ilustres del Museo del Prado, como el Greco, representante del ideal religioso en la pintura española; Velázquez, pintor del realismo objetivo; Zurbarán, el pincel de los pliegues magníficamente trazados de los hábitos eclesiásticos, y Ribera, el Caravaggio español, con sus fondos oscuros y escenas de martirios de santos, encontrados en estas magníficas figuras de mártires de tan magníficas perspectivas, con su adecuada ponderación y la proporción y contraste luminoso y su intenso colorido, en el que tantas veces figuran, como características del barroco, los éxtasis de santos macilentos por el rudo golpe de la disciplina, en cuyo análisis pictórico raya la obra en todo momento a la luz de la gran altura digna del autor, primera autoridad indiscutible en tan amena e interesante materia.

"EL PADRE CLARET", por PIO ZAVALA.

Un tomo en 4.º. — Editorial Labor.

La figura del Padre Claret es, sin duda, la que más destaca en medio del lodazal de pasiones, que es lo que vemos gobernar a España durante la casi totalidad del siglo XIX. Su juventud transcurre en el seminario, precisamente en aquellos momentos en que se encendían las crueles guerras civiles que entenebrecieron la primera mitad del siglo XIX. Desde Vich, donde está el seminario, comple-

tamente a merced de los parciales de Cea Bermúdez o de Cabrera, marcha en peregrinación, piadosa costumbre de nuestros antepasados, a Roma; regenta la parroquia de Sellent, funda la librería religiosa contra la voluminosa propaganda atea, más tarde el Colegio de Misioneros del Sagrado Corazón de María. Su indudable talento y sus sólidas virtudes le llevan a regentar la diócesis de Santiago de Cuba, en donde corrige los abusos de la venta de esclavos de los negreros y los lujuriosos amancebamientos y efectúa una importante labor misionera del apostolado; pero la revolución progresista del 54 le desatiende, le priva de medios, lo que no le impide comenzar una campaña contra la ignorancia de los curas, que remedia con la creación de un seminario, que le vale los elogios de Pío IX.

Luego tiene lugar la epidemia del cólera, y Claret es nombrado confesor de Isabel II, a pesar de la oposición de los ministros, lo que acepta con la condición de no vivir en Palacio, y accede ante las súplicas del Papa a que no renuncie; allí se dedica a dar adecuado destino a El Escorial, promoviendo los estudios teológicos. En laboriosidad contrasta con su abstinencia en los banquetes regios de Palacio; su influencia es acrecentada hasta tal punto que es escuchado e influye aún más que los ministros de la Reina, lo cual no deja de acarrearle serios disgustos cuando se plantea el problema del reconocimiento de Víctor II, que, merced a las bayonetas de Garibaldi, había forjado la unidad italiana. Claret se niega abiertamente a prestar dicho reconocimiento, con gran disgusto de los partidos izquierdistas y revolucionarios; igual campaña emprenden los obispos. El Padre Claret se marcha de Palacio, y la Reina, coaccionada por los ministros, firma, y como castigo divino es presa de una calentura.

Isabel II escribe al Papa para que aconseje al Padre Claret la vuelta a Palacio, por haberse visto obligada a él por la agitación. El Padre Claret va entonces a Roma en 1865; pero las aguas se arremolinan y el cielo se encapota, y entonces la agitación revolucionaria gana terreno por doquier, amargando los últimos años de Isabel II, la de los tristes destinos. Hay quien ve al Padre Claret en resplandores divinos, otros presencian curaciones milagrosas; por último, tiene la tristeza de presenciar la caída de la dinastía, después de la batalla de Alcolea, y de seguir a su Reina al destierro, y la alegría de asistir al Concilio del Vaticano donde se proclama el dogma de la infalibilidad pontificia.



Tal es la materia de este interesante libro, donde se narra la vida ejemplar del Padre Claret, perdida en el lodazal proceloso de las revoluciones liberales, que por sus virtudes recientemente acaba de ser ascendido a los altares.

La obra está en todo momento a la altura científica que el tema requiere y responde a la valía indudable e indiscutible mérito del autor, uno de nuestros más insignes historiógrafos, que trata la materia con toda erudición y la figura del nuevo taumaturgo con todo respeto para las enseñanzas infalibles de la Iglesia.

'PARQUES Y JARDINES', por GARCÍA MERCADAL.— Un tomo en 4.º mayor, 293 págs.— Afrodísio Aguado.— Madrid, 1949.

Un arquitecto del Ayuntamiento de Madrid, García Mercadal, lanza sobre un tema nuevo y original, el de nuestros deleitosos y amenos parques y jardines, un trabajo profundo, erudito y valioso sobre una materia que hasta los momentos actuales, en que brota y renace de nuevo con singular brío el interés sobre estos problemas, estaba abandonada y relegada al olvido en nuestra bibliografía hispánica, y aun casi inédita, a no ser por algunos trabajos que, como los de Noel Clarassó, marcaron los hitos y jalones para un posterior desarrollo de estas cuestiones por demás interesantes y amenas.

El autor, tal vez en su deseo de centrar su estudio sobre los jardines que más directamente han dejado marcadas sus huellas sobre los jardines hispánicos, pasa de largo los regulares jardines egipcios, llenos de figuras geométricas y trazados siempre con ritmo simétrico, como los renombrados parterres de Seminaris, en Egipto, así como los célebres jardines colgantes babilónicos, contruidos, al parecer, en terrenos cubiertos por el arbolado en forma de anfiteatro, y aun se cree que, al parecer, rodeado por murallas, y aun del jardín clásico, tanto en su modalidad helénica, en que, rodeado de soportales, regado por el dulce y suave agua de una noria, se enclavaba, según nos pinta con vivos colores la *Odissea*, en una llanura rodeada de ásperas montañas, como en su modalidad romana, que aprovechaban los abruptos terrenos itálicos para conseguir maravillosos efectos estéticos que les inspiraban los